

Carlos Meléndez / Alberto Vergara
Editores

LA INICIACIÓN DE LA POLÍTICA

El Perú político en perspectiva
comparada

Capítulo 7



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La iniciación de la política
El Perú político en perspectiva comparada
Carlos Meléndez y Alberto Vergara (editores)

© Carlos Meléndez y Alberto Vergara, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Foto solapa: Paulo Drinot

Primera edición: noviembre de 2010

Primera reimpresión: julio de 2011

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011-08844

ISBN: 978-9972-42-942-2

Registro del Proyecto Editorial: 31501361101548

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EN UNA ARENA HOSTIL LA POLITIZACIÓN DE LO INDÍGENA EN EL PERÚ

Maritza Paredes

INTRODUCCIÓN¹

Los movimientos indígenas y sus organizaciones políticas han irrumpido en la última ola democrática en América Latina. El surgimiento de estos nuevos actores viene cambiando la fisonomía de la sociedad civil en la región y sirve de plataforma para la construcción de alternativas políticas con presencia nacional en varios países ¿Es el Perú la excepción de la región? ¿Existe o no una politización de lo indígena? ¿Por qué la democracia peruana no ha impulsado una mayor incorporación de las demandas indígenas y de sus organizaciones en las instituciones políticas nacionales?

El argumento de este artículo consta de dos partes. Primero, creemos que sí existe una creciente politización de lo indígena en el Perú desde los años noventa a nivel nacional y local, a raíz de la crisis de los partidos tradicionales y de la fragmentación de la política. Segundo, creemos que esta politización de la etnicidad ocurre sin el fortalecimiento de las organizaciones sociales indígenas que ha caracterizado el proceso en Ecuador o en Bolivia. Podemos decir que, a diferencia de estos países donde el proceso ha sido predominantemente impulsado desde «abajo», en el Perú, la politización de lo indígena se desarrolla desde «arriba» y está circunscrita al terreno electoral. Sugerimos que el tipo de política indígena que ha ocurrido en el Perú es resultado de un legado histórico institucional que reproduce y fortalece una arena hostil para los movimientos indígenas. En contraste con Bolivia y Ecuador, la politización de lo étnico en el Perú es liderada por movimientos electorales formados sobre la base de personajes dominantes y carismáticos. A pesar de que algunos líderes indígenas han participado en las listas de estas agrupaciones políticas de forma individual, su participación suele carecer del soporte institucional de organizaciones

¹ La autora agradece el apoyo y sugerencias de Ismael Muñoz y Carlos Paredes y la asistencia de investigación de Dennise Rodríguez para llevar a cabo esta investigación. Asimismo, la autora quisiera particularmente agradecer a Rosemary Thorp, Raul Madrid y José Carlos Orihuela por sus comentarios a borradores y otras versiones de este trabajo.

sociales, las cuales son muy débiles en el país. En general, aun cuando existen importantes esfuerzos y algunos avances, el movimiento indígena en el Perú enfrenta serios problemas de fragmentación. Los intentos de formar alianzas más permanentes han fracasado varias veces, ninguna de sus organizaciones tiene una presencia nacional y la resonancia de la legitimidad de sus demandas es todavía muy débil. En Bolivia y Ecuador, el poder de los movimientos indígenas ha dependido tanto del grado de cohesión y alianzas logradas al interior del movimiento, como de la legitimidad alcanzada en el resto de la sociedad no indígena.

Una consecuencia central de este proceso es que el sistema democrático en el Perú no ofrece los canales de representación institucionales que puedan facilitar la articulación y discusión efectiva de las demandas de los pueblos indígenas. Los partidos políticos y el Congreso no canalizan las aspiraciones y reparos de estos sectores en las decisiones nacionales. La ausencia de mecanismos institucionales dentro del sistema político conduce a procesos de negociación fragmentados, débiles, y que dependen casi estrictamente de la voluntad de los actores políticos. El resultado es una alta tasa de conflictos sin resolver, localizados, y frecuentemente violentos, así como un claro desencantamiento de las poblaciones indígenas con las posibilidades que brinda la democracia.

Nuestra metodología es de caso, y si bien usamos la comparación con Bolivia y Ecuador de manera frecuente, este artículo se centra en el Perú. Creemos que la mejor aproximación empírica al problema de la politización de lo indígena en el Perú es histórico-institucional. Si bien el surgimiento de características institucionales formales comunes en los países andinos, como la mayor apertura electoral o los procesos de descentralización política, han facilitado la emergencia de nuevos actores políticos indígenas, estas instituciones se han construido sobre legados institucionales². Lo que proponemos en este artículo es entender en perspectiva temporal cómo la acumulación de procesos y cambios institucionales ha dado forma a un tipo particular de politización de lo indígena en el Perú. Para ello, hemos recurrido tanto a entrevistas como a documentación de archivo y a literatura secundaria que nos permita *rastrear el proceso* e identificar los *mecanismos* que explican la particularidad del caso peruano³. Este artículo está basado en las conclusiones y artículos previos de un proyecto de investigación del que formo parte en la Universidad de Oxford, y que se ha desarrollado en el Perú en asociación con la Universidad Católica⁴. El artículo tiene tres partes. La primera sección desarrolla las principales explicaciones sobre la emergencia

² Para una mayor reflexión sobre el cambio o evolución de las instituciones, consultar Thelen (2003) y Pierson (2004).

³ Ver Elster (1989) y Mahoney (2003) para desarrollar mejor aproximaciones empíricas basadas en el entendimiento de mecanismo causales y el rastreo de procesos.

⁴ www.crise.qeh.ox.ac.uk

de la politización de lo étnico y su aplicación en América Latina. La segunda sección desarrolla el tipo de proceso de politización de lo indígena en el Perú en el escenario post-Fujimori. La tercera sección explica la vinculación de este tipo de politización con un legado institucional que reproduce y fortalece una arena hostil para los movimientos indígenas en el Perú. La sección cuatro contiene las conclusiones.

1. ETNICIDAD Y POLÍTICA

La literatura que explica la politización de lo étnico tiene en un extremo los enfoques *primordialistas*, y en el otro, los enfoques *instrumentalistas*. Los enfoques *primordialistas* han acentuado la durabilidad y la fuerza de los lazos étnicos para explicar el impulso de la acción colectiva⁵. Estas perspectivas se difundieron en los años setenta. Desde entonces, se ha desarrollado un importante consenso en las ciencias sociales que señala que los lazos étnicos por sí solos son insuficientes para dar impulso a la acción política colectiva (Chandra, 2001). El principal problema del enfoque *primordialista* es que no contempla la temporalidad y fluidez de la identidad y de su politización. A pesar de que es cierto que la cultura suele ser un nexo de solidaridad muy importante entre las personas, las personas indígenas y sus culturas en el Perú, en América Latina, y en cualquier rincón del mundo, no se han mantenido congeladas en el tiempo. Ninguna persona indígena vive exactamente igual que sus ancestros. Las personas indígenas han migrado, aprendido nuevos idiomas, incorporado elementos de otras sociedades, y transformado su propia cultura en interacción con el mundo del que forman parte.

Los enfoques *instrumentalistas*, en el otro extremo, afirman que las identidades étnicas son estratégicamente seleccionadas y manipuladas, y muchas veces reconstruidas por individuos y «emprendedores étnicos» sobre la base de una racionalización instrumental e individual (Brass, 1997, p. 26). En la misma línea argumentativa, otros autores entienden por racionalidad la búsqueda clientelista de bienes y servicios del Estado, tierra, empleo, y mercados (Bates, 1971; Bates *et al.*, 1998). Aun cuando estos enfoques ofrecen interesantes ideas sobre cómo funcionan los incentivos para la construcción y el sostenimiento de las infraestructuras de movilización (Laitin, 1986; Cohen, 1985), en general ofrecen una visión estática y simplista del proceso de politización de lo étnico. La tendencia ha sido a asumir la variable étnica como una variable exógena para explicar y modelar el impacto de lo étnico en otros fenómenos políticos o económicos. Los supuestos que esta literatura tiende a usar han sido ampliamente

⁵ Geertz (1973) y Isaacs (1975) reconocen que las identidades étnicas se enfrentan a procesos de cambio y fluidez pero estos autores ponen el énfasis en el poder y resistencia de los *endowments* étnicos que se reciben al nacer y durante los primeros años de desarrollo de las personas. Ver también Van De Berghe (1981), quien incluso habla de lazos biológicos.

debatidos en su validez empírica. Entre ellos destacan la continuidad de las variables étnicas, la homogeneidad de las preferencias de los individuos al interior de un grupo social, y la clara identificación de quién es miembro o no del grupo (Chandra, 2001).

Un enfoque intermedio ha mostrado que las identidades colectivas políticas son socialmente construidas. El enfoque *constructivista* plantea que si bien los lazos de vinculación étnicos pueden ser muy poderosos, la identidad étnica es mucho más plástica que lo que asume el enfoque *primordialista*, y que su activación política es resultado de un proceso más complejo que la simple instrumentalización con fines individuales. A pesar que la escuela constructivista es muy amplia, el punto de consenso es que la identidad, y por cierto la identidad étnica y su politización, es un fenómeno de construcción social, sujeto a cambio y continuidad, dado que comunidades previamente desasociadas interactúan en dinámicos escenarios socio-económicos y a través de nuevas instituciones políticas (Gellner, 1983; Anderson, 1983). Más importante aun, la libertad de elegir nuestra identidad en los ojos de los *otros* puede ser muchas veces extraordinariamente limitada (Sen, 2006). El resultado es que la construcción de las identidades puede ser tanto labor de aquellos al interior del grupo, como de aquellos fuera de él (Barth, 1969)⁶.

En la región Andina, y en el Perú en particular, existe una literatura prominente que ha puesto el énfasis en los procesos de transformación y reconstrucción de la identidad indígena (de la Cadena, 2000; Cánepa, 1998, 2008). Un grupo de investigadores ha enfatizado en el rol de instituciones, como el Estado Colonial, regímenes corporativos autoritarios, el sistema educativo y recientes transformaciones electorales. Estas transformaciones institucionales han, deliberadamente o no, transformado las identidades étnicas (Mallon, 1995; Yashar, 2005; García, 2005; Van Cott, 2005)⁷. Esta literatura destaca los procesos de resistencia que surgen desde la sociedad y que alteran los planes originales de los diseñadores institucionales. Por ejemplo, el sistema de castas previsto por el Estado colonial fue imperfecto y la sociedad peruana que emergió de la colonia fue una sociedad tripartita más complicada que la prevista⁸. De la misma forma, el Estado peruano de los siglos diecinueve y veinte no pudo someter la multiculturalidad de la sociedad peruana a su proyecto de Estado nacional mestizo. El relativo fracaso

⁶ En un extremo, cuando la opinión de los otros es la más importante fuente de categorización del grupo, lo que la gente piense sobre su propia identidad tal vez no sea tan importante. Lo que importa es lo que los otros piensen que ellos son (Brubaker, 2004). Este enfoque ha ayudado a un mejor entendimiento del rol del prejuicio, discriminación y actitudes intolerantes, incluso violentas, sobre determinados grupos.

⁷ Ver también Hale (2005).

⁸ Las sociedades originarias en el Perú han sido múltiples, con culturas regionales y locales diversas. Aun cuando el esplendor de la cultura quechua de los incas ha capturado el imaginario del pasado indígena en el Perú, el Tawantinsuyu, el Estado Inka, era una *polity* multiétnica (Murra, 1984). El Estado colonial fue el primer intento abrumador de homogenización étnica desde arriba de las diversas sociedades locales indígenas.

del Estado peruano, en comparación por ejemplo con el caso del Estado mexicano, no fue resultado solo de la fragilidad con la que llevó a cabo su proyecto integrador desde arriba, sino también de la resistencia de la sociedad (Degregori, 1998a; Mallon, 1992)⁹.

Si la identidad es temporal y, viviendo en sociedad, contamos con diferentes identidades o límites históricamente construidos (clases, género, etnicidad, religión), ¿cómo, cuándo y por qué se produce la activación política de una identidad en detrimento de las otras? El desarrollo del enfoque de *la estructura de las oportunidades políticas* de la movilización ha sido un esfuerzo de investigación comprensivo que ofrece respuestas a esta pregunta (Tilly, 1978, 1984; McAdam *et al.*, 2001; Tarrow, 1983, 1994). Cambios en la estructura de las relaciones estado-sociedad, regímenes, o transformaciones institucionales constituyen cambios en las oportunidades de movilización. Los movimientos sociales, sin embargo, requieren tanto de una infraestructura sobre la cual movilizarse (redes de conexión, organizaciones, aliados), como de una identidad política común que genere la solidaridad necesaria para sostener al grupo y convocar a más personas¹⁰. Ambos elementos se encuentran profundamente interconectados en el proceso de movilización y son fundamentalmente resultado de la forma en que las oportunidades del ejercicio de la política se abren, de la influencia de las alianzas en sus partes, de la recreación y reinterpretación de la memoria colectiva que hace el grupo en este contexto, y de la oposición que el movimiento recibe (Tilly & Tarrow, 2006)¹¹.

La literatura de *la estructura de las oportunidades políticas*, que es claramente *constructivista* en su enfoque de la identidad étnica, ha influenciado enormemente el trabajo de Yashar (2005) y Van Cott (2005) sobre la emergencia de los movimientos indígenas en los Andes. Sus investigaciones tratan de responderse cuándo y por qué los indígenas en América Latina empezaron a movilizarse bajo una identidad política común que trascendió los límites de sus comunidades. Asimismo, cuándo y por qué identidades dominantes «de clase» dejaron de serlo; esto es, cuándo y por qué las poblaciones indígenas transformaron sus organizaciones «campesinas» en organizaciones «indígenas», y dieron luego forma a organizaciones políticas indígenas nacionales. Finalmente, las autoras preguntan por qué esta transformación ha sido tan débil en

⁹ Varios Estados en la región con poblaciones indígenas intentaron proyectos nacionales integradores y de asimilación étnico cultural sobre la base de la identidad mestiza. La resistencia a estos proyectos le ha dado a la identidad mestiza un significado más claro de movilidad socio-cultural. Los llamados «indios» migraron a las ciudades, adquirieron educación y aprendieron otros idiomas pero, al mismo tiempo, construyeron en las ciudades nuevas identidades, un mundo cholo, indígena mestizo, serrano en Perú o Colla en Bolivia. Sociedades de una complejidad y fluidez étnica muy grande y distintiva en cada país (Stavenhagen, 1992).

¹⁰ Los movimientos también requieren construir formas de acción (toma de tierra, toma de carretera, huelga, huelga de hambre, mitin) para movilizarse (McCarthy & Zald, 1977).

¹¹ Ver Bedford (1997) y Bedford & Snow (2000) para profundizar en los procesos de construcción de identidad política.

el Perú. Al responder estas interrogantes, Yashar (2005) ha puesto el énfasis en las *oportunidades* que abrieron los intentos de incorporación política de los regímenes corporativistas, como el de Velasco (1968-1975) en el Perú, que fueron comunes en la región Andina. Estos regímenes ensayaron procesos de inclusión social a través de la reforma de la propiedad agraria, la provisión de servicios del Estado, como políticas de créditos y precios agrícolas, y trataron de organizar a las poblaciones indígenas bajo una identidad de clase, la campesina. Sin embargo, la debilidad de la infraestructura de las organizaciones campesinas en el Perú y el conflicto armado en los años ochenta que las debilitó incluso más, impidieron según esta autora la transformación de movimientos campesinos a movimientos indígenas cuándo un nuevo régimen, el neoliberal, socavó el tipo de inclusión social previamente adquirido por estas poblaciones (p. 56). Van Cott (2005) ha puesto mayor énfasis en las oportunidades que abrieron las reformas institucionales democráticas de los años noventa, que eliminaron las barreras a la participación formal, y en la crisis de los partidos políticos tradicionales. Estas reformas permitieron a los movimientos indígenas de Bolivia y Ecuador crear organizaciones políticas y competir en la arena electoral. En el Perú, la debilidad del movimiento indígena no favoreció el mismo proceso. Las divisiones creadas por la influencia de los partidos de Izquierda y el conflicto armado de los ochenta se ofrecen también como explicaciones de esta debilidad.

Degregori (1998b) y Tanaka (2003) han señalado que el conflicto interno no es suficiente para explicar la debilidad de la movilización indígena en el Perú. Estos dos autores han puesto el énfasis en la existencia de un proyecto cultural alternativo para los indígenas, el proyecto de clase ofrecido por la izquierda marxista, que tuvo más éxito en el Perú que en Ecuador y Bolivia. Degregori (1998b) añadirá que el proceso de migración masiva experimentado en el Perú, que transformó la cultura y geografía indígenas, y la falta de símbolos unificadores también han contribuido con la débil politización de lo indígena. Finalmente, de la Cadena (2000, 2001), García & Lucero (2004) y García (2005) han planteado que los indígenas en el Perú han preferido organizarse bajo formas de clases en lugar de étnicas como una estrategia para evitar la discriminación.

Todas estas argumentaciones son muy sugerentes y contribuyen a entender diversos ángulos del fenómeno social estudiado. Sin embargo, la literatura no responde bien a un conjunto de consideraciones. En primer lugar, el conflicto armado tuvo diferentes impactos antes y después de mediados de los ochenta y en distintas regiones del país¹². Si bien la expansión del conflicto, así como de su impacto mediático

¹² En el Sur, por ejemplo, las acciones violentas solo comenzaron en 1986 (McClintock, 2001). En general, el conflicto y el número de víctimas se concentraron principalmente en los Andes centrales hasta la segunda parte de la década de 1980, cuando Sendero amplió a la ciudad capital de Lima y la sierra sur. Ver también Rénique (1991). En la Sierra Sur, se registró alrededor de 35 víctimas a finales de 1985, aumentando a 1000 en los años siguientes hasta el final del conflicto. Las víctimas en los Andes

(incluso donde la presencia de Sendero era menor), cumplieron un rol catalizador en el derrumbe del conjunto de las organizaciones de la sociedad civil en los noventa, la hipótesis del conflicto no nos ayuda a entender dos aspectos cruciales del caso peruano. Por un lado, a mediados de los años ochenta, los sectores campesinos de procedencia indígena ya se encontraban fuertemente debilitados y, más aún, esta debilidad no se superó acabado el conflicto interno. Por otro lado, la «oportunidad política» de la cual habla Yashar (2005) no tiene que darse estrictamente en el marco de un terreno legal y de paz, la literatura de los movimientos sociales ha descrito de manera muy clara como escenarios de conflicto interno pueden también abrir oportunidades políticas de cohesión y movilización social.

En segundo lugar, el proyecto de la izquierda no fue igual de exitoso en toda la Sierra; la diferencia entre el Sur Andino y la Sierra Norte es ilustrativa de las condiciones político sociales en las que el proyecto de la izquierda tuvo éxito. Las organizaciones de la Amazonía y las *rondas* de la Sierra Norte mantuvieron una mayor distancia al conflicto armado y de la izquierda. A pesar de su mayor autonomía, estos movimientos no articularon esfuerzos nacionales en los primeros años de democracia de los ochenta.

Nosotros queremos aportar un argumento más que nos ayude a tener una mejor consideración del tiempo y el espacio en el proceso político y nos permita un mejor entendimiento de las diferencias regionales y las paradojas nacionales. Argumentamos que desde los años noventa sí existe una creciente politización de lo indígena en el Perú, a raíz de la crisis de los partidos tradicionales y de la fragmentación de la política. Sin embargo, el tipo de politización de lo indígena que ha ocurrido en el Perú es resultado de un legado institucional que reproduce y fortalece una arena hostil para la emergencia de movimientos indígenas y el desarrollo de mecanismos de representación de sus demandas vía el sistema político formal. Nuestro argumento se inspira en el enfoque analítico de *La construcción de la arena política* de Collier & Collier (1991), que señala que la forma en como se abren los procesos iniciales de inclusión de actores particulares en momentos críticos de la coyuntura política constituye un patrón de dependencia que dará forma a aperturas posteriores.

En el Perú, el tipo de incorporación promovida por el gobierno de Velasco trató de excluir a las organizaciones campesinas de la política de partidos. En un contexto de creciente oposición al tipo de reforma agraria aplicada, las políticas del gobierno propiciaron, sin quererlo, el crecimiento de la izquierda marxista en el campo pero de manera *cuasi* ilegal y con una orientación altamente ideológica dada su alta desvinculación del terreno electoral y de gobierno¹³. No solo el contexto de inserción

Centrales fueron cerca de 7000 en 1985 y llegaron a ser alrededor de 16.000 víctimas por el fin del conflicto (véase CVR, 2000, p. 97).

¹³ Algunos sobre las características de la izquierda en el Perú son Sanborn (1991) y Roberts (1992).

de la izquierda boliviana y ecuatoriana en el campo fue diferente, sino que el tipo de izquierda que se desarrolló en el Perú fue muy particular. Esto debido a su alto nivel ideológico y a su exclusión del terreno electoral (Becker, 2008; Albó, 2008). La prohibición de estos partidos de izquierda y la creciente asociación de estos grupos con las organizaciones indígenas campesinas propició la construcción de un legado institucional que ha tenido un impacto significativo en el escenario post-Fujimori de politización de lo indígena. Este legado institucional consiste, primero, en la superposición de la política del movimiento y de la política del partido que llevó al movimiento campesino a la reproducción de formas organizativas verticales y visiones culturales muy ideológicas que caracterizaban a los partidos de «cuadros»; en segundo lugar, en la fragmentación del movimiento campesino indígena, resultado en buena parte del tipo de modelo organizativo; y, en tercer lugar, en el desprestigio y criminalización de la protesta y movilización. La construcción de este legado no es resultado de una transformación todo-o-nada en una coyuntura crítica, sino de una acumulación de procesos y cambios institucionales a lo largo del tiempo (Pierson, 2004; Thelen, 2003). A través del tiempo, los diferentes intentos de incorporación política y sus legados institucionales han reforzado un tipo de politización de lo indígena, «desde arriba», en vez de prevenir la politización de la etnicidad. En el Perú, lo indígena se politiza con débiles movimientos indígenas y se hace junto a la expansión electoral y a la predominancia de líderes carismáticos tanto a nivel nacional como local.

En la siguiente sección explicaremos el proceso de los años noventa. Finalmente, en la sección tercera mostraremos cómo las acciones del régimen de Velasco generaron un legado institucional para el periodo democrático de los años ochenta, y este a su vez para el escenario que abre Fujimori.

2. LA POLITIZACIÓN DE LO INDÍGENA A LA PERUANA

Las reformas institucionales que han reducido los obstáculos para la participación formal en los procesos electorales nacionales y locales, el colapso de los partidos políticos tradicionales y la fragmentación del sistema de partidos han permitido un proceso de politización de lo étnico en el Perú. Este proceso ha sido liderado alrededor de movimientos electorales formados sobre la base de personajes dominantes y carismáticos, con muy poca organización previa de militantes u organizaciones sociales de apoyo. Tanto Humala como Toledo han incorporado algunos candidatos indígenas en sus listas, pero sus agrupaciones son principalmente improvisaciones en el terreno electoral movilizadas desde arriba y con una altísima dependencia en la figura dominante del líder. Esto no ha permitido la formación de canales de representación formal de las organizaciones y demandas indígenas.

El proceso de democratización que se inició a fines de los años setenta y comienzo de los ochenta concitó grandes expectativas en la ciudadanía. El sistema electoral no solo fue muy inclusivo permitiendo la participación del Apra y diversos grupos de izquierda, sino que finalmente instauró el derecho a sufragio universal que impedía el voto de las poblaciones indígenas rurales¹⁴. Las elecciones no son una medida suficiente de inclusión política, pero son necesarias. La introducción de sufragio universal en la constitución de 1979 cambió radicalmente el status de ciudadanía en el sector rural. Según nuestros propios cálculos, el número de adultos mayores con derecho a sufragio se duplicó de cerca de 40 a 80% entre 1963 y 1980, pero el impacto fue mayor para las poblaciones indígenas, de la forma que se lo mida, sea con una variable *proxy* de lenguaje o geográfica. El porcentaje de la población adulta excluida de derechos electorales era significativamente mayor en las provincias de mayor predominio de lenguas indígenas y en las zonas periféricas de los Andes y de la Amazonía, es decir fuera de las capitales de departamento (Tabla 1). El mayor impacto estuvo en aquellas provincias en donde el 60% y más de la población hablaban una lengua indígena. En las elecciones de 1963, en estas provincias solo el 15% de la población adulta se encontraba en el padrón electoral. Esta cifra casi se cuadruplicó para las elecciones de 1980, llegando a 57%, y a 84% a fines de los noventa.

Tabla 1: Porcentaje de adultos mayores con derechos electorales

Provincias con predominancia de lenguaje indígena	Elecciones municipales			
	1963	1980	1998	2001
Baja (Menos de 30%)	46	68	87	90
Media (Entre 30 y 60%)	28	65	86	88
Alta (Mas de 60%)	15	57	82	84
Regiones geográficas de predominancia indígena/no indígena				
Baja				
<i>Lima Metropolitana (sin los conos)</i>	0,95	0,99	1,00	1,00
Media				
<i>Lima Metropolitana (conos)</i>	0,69	0,77	0,86	0,88
<i>Provincias capitales de Departamento</i>	0,45	0,70	0,94	0,98
<i>Costa- sin provincias capital</i>	0,54	0,76	0,97	1,00
Alta				
<i>Selva- sin provincias capital</i>	0,39	0,53	0,75	0,84
<i>Andes del Norte y Centro – sin provincias capital</i>	0,36	0,64	0,84	0,85
<i>Andes del Sur – sin provincias capital</i>	0,19	0,61	0,82	0,83

Fuente: Paredes 2008. Fuentes originales: Tuesta (1994); ONPE (Padrones electorales 1998, 2001); Censos de Población y Vivienda - INEI 1961, 1993.

¹⁴ Otros países de las características del Perú ya se habían eliminado estas barreras mucho antes, como el caso de Bolivia (1952) o más recientemente Ecuador (1978).

En comparación con países como Bolivia y Ecuador, la expansión de derechos electorales no ha incrementado la elección de representantes indígenas, sino de forma lenta y limitada. La crisis temprana de los partidos de izquierda y del discurso clasista en Bolivia y Ecuador concedió un mayor espacio a nuevas formas de representación política, como las organizaciones indígenas. Estas organizaciones promovieron la elección de autoridades indígenas, tanto a nivel local como nacional (Van Cott, 2005). En el Perú de los años ochenta, la representación política cayó en los partidos políticos que interactuaban con una sociedad civil muy activa y organizada. Esta incluía organizaciones de pobladores de indígenas migrantes en Lima y organizaciones de campesinos indígenas en el sector rural. No obstante, los mecanismos de representación y articulación política se construyeron sobre una plataforma popular y clasista. No hubo en los ochenta mayor incorporación de representantes indígenas al nuevo sistema. Menos del 5% de representantes en el Congreso y menos del 10% de alcaldes provinciales tenían un apellido indígena en la década de los ochentas (Paredes, 2008, p. 12).

El uso de la etnicidad en la política emergió a fines de los ochenta, como consecuencia del colapso del sistema de representación previo de partidos y del tránsito a un sistema de representación fundamentalmente mediático y personalista (Tanaka, 1998). En este nuevo contexto, ha habido un creciente uso de elementos étnicos en las campañas electorales como una forma de capturar un voto sensible a discursos que enfatizan en la marginación cultural o socioeconómica de las poblaciones indígenas, tanto a nivel nacional, como local. Madrid (2009) estudia este proceso de forma comprensiva. Tanto Alberto Fujimori como Alejandro Toledo y Ollanta Humala han usado elementos étnicos para construir una base electoral. Fujimori fue el primero en usar su etnicidad para contrastar su origen con el de su oponente, Mario Vargas Llosa, y construir lazos de simpatía con otros grupos étnicos no «dominantes». Después de Fujimori, tanto Toledo como Humala han empleado lo que Madrid (2008) llama «*ethnic appeal*». Independientemente de su autodenominación, algunos políticos han construido un mensaje étnico con múltiples acciones, abiertas o encubiertas, y han logrado un nivel relativo de coherencia e impacto para distinguirse de sus competidores en estos términos. Estos políticos han usado ropas tradicionales, dichos incas, lenguas indígenas y han invocado símbolos culturales precolombinos. Más aún, han llamado la atención a su propia condición étnica y han contrastado su origen étnico con el origen de sus competidores para apelar a la simpatía de votantes indígenas. Un resultado ha sido el reclutamiento de un número mayor de candidatos cholos e indígenas en sus listas. Asimismo, estos políticos han incluido en sus discursos de campaña y en sus programas algunas demandas indígenas. El uso de estas estrategias ha sido electoralmente efectivo para estos políticos en

provincias mayoritariamente indígenas¹⁵. De acuerdo con Madrid (2009), Toledo ganó el 53,9% de su votación en provincias con predominancia de una lengua indígena en primera vuelta y el 71,7% en la segunda vuelta, incluso controlado por la riqueza de la provincia (p. 19). En 2006, Humala ganó el 58,3% de su votación en provincias de lengua predominantemente indígena en primera vuelta, a diferencia de solo el 35,2% que obtuvo en las otras provincias. En segunda vuelta le fue incluso mejor, señala Madrid (2009), ganando el 75,7% de sus votos en estas provincias.

Menos efectiva ha sido la inclusión de personas indígenas en puestos de representación política. Aun así, los números parecen indicar que tanto Toledo como Humala han incrementado el número de candidatos y representantes indígenas en el Congreso en relación a la década de los ochenta y en relación a sus contendores políticos. De acuerdo con estimaciones que hemos realizado para trabajos previos, el 21% de los candidatos y 38% de los congresistas elegidos al Congreso por Perú Posible (Alejandro Toledo) tenían nombres indígenas. Esta cifra representa el 70% del total de miembros del Congreso con nombres indígenas en la legislatura 2001-2006. De la misma forma, el 13% de la lista de candidatos para el Congreso de Ollanta Humala (Unión por el Perú) tenían nombres indígenas; en contraste, solo 6% de los candidatos del Apra tenía nombres indígenas (Paredes, 2008, pp. 10-11). Reconociendo que el uso de nombres indígenas es problemático, aunque se trata del único indicador disponible, una aproximación más cualitativa nos lleva a las mismas conclusiones. Perú Posible fue el primer grupo político que llevó en su lista a una prominente líder indígena aymara, Paulina Arpasi. Arpasi no solo era secretaria general de la Confederación de Campesinos del Perú del Departamento de Puno, sino que por primera vez hizo una campaña y construyó una base electoral a través de la politización de su etnicidad. En la lista de Unión por el Perú, Ollanta Humala incluyó nuevas figuras parecidas a Arpasi que fueron elegidas al Congreso de 2006. Las congresistas Hilaria Supa Huamán y María Cleofe Sumire de Conde, quienes también construyeron un soporte electoral indígena. En el último año, a raíz de la secuela de conflictos en los Andes y en la Amazonía, otros congresistas de UPP se han manifestado como representantes indígenas expandiendo la politización de lo indígena. Estos congresistas han sido Nancy Obregón, de San Martín, líder del movimiento cocalero, Juana Huancahuari, de Ayacucho, Yaneth Cajahuanca, de Huánuco, Cayo Galindo, de Apurímac, y Miró Ruiz Delgado, de Huancavelica.

Durante la década de los años ochenta, las elecciones municipales en Perú estuvieron también dominadas por los partidos y por un discurso de articulación social popular y clasista. Solo a partir de las elecciones de 1989 y con el progresivo colapso

¹⁵ Provincias donde la mayoría de la población habla una lengua indígena.

de los partidos políticos, y la creciente fragmentación de la política, han aparecido grupos locales con un discurso de tipo étnico. Hasta las elecciones municipales de 1989, los partidos políticos de presencia nacional controlaban el espacio municipal. Por ejemplo, en el ámbito provincial, los partidos tradicionales nacionales ganaron el 92% de las alcaldías en las elecciones de 1989. Esta situación se revertió desde las siguientes elecciones¹⁶. En las elecciones de 2002, 83% de los grupos compitiendo en las elecciones provinciales fueron organizaciones estrictamente locales, 13% tenían algún nivel de articulación regional y solo 4% de articulación nacional. La situación de fragmentación ha mejorado en el año 2006, con un 43% de los grupos compitiendo para alcaldías provinciales asociados a una fuerza regional y solo 41% de las listas con una extracción estrictamente local. El 16% de grupos que compitieron estuvo asociado a un partido político nacional.

En este contexto de fragmentación han aparecido algunos movimientos políticos que levanta una agenda indígena a través de sus nombres, consignas y el discurso de sus líderes en la contienda electoral local. En el nivel local, estas agrupaciones ilustran el tipo de politización de lo indígena «a la peruana». Se necesita de una mayor investigación sobre estas agrupaciones para entender mejor sus trayectorias, pero es claro que estos movimientos han surgido en un contexto de debilidad local de los partidos de presencia nacional y en los cinco departamentos donde la mayoría de la población habla una lengua distinta al español: Apurímac (76,95%), Puno (75,97%), Ayacucho (70,83%), Huancavelica (66,79%) y Cusco (64,37%). A pesar de ser proyectos locales, la vinculación institucional de representación con organizaciones de base es muy débil, y estas organizaciones dependen más del uso de símbolos y discurso étnicos en las campañas electorales, que de la construcción de mecanismos de representación de grupos indígenas particulares. Por ello consideramos que estas experiencias locales han surgido predominantemente desde «arriba», para distinguirlas de los procesos locales iniciados en Ecuador y Bolivia, de fuertes bases sociales. Sin embargo, la evolución del proceso peruano denota su importancia. El número de estas organizaciones políticas con nombres indígenas o de alusión indígena-campesina indígena compitiendo en las elecciones provinciales creció de tres en 1995 a siete en 1998, y a quince en 2002, la mayoría de las cuales se encuentran en los departamentos mencionados. Según Madrid (2009), catorce movimientos con nombres

¹⁶ En el año 1993, los grupos de carácter local, sin vinculaciones a un partido regional o nacional, llegaron a ganar el 36% de las alcaldías provinciales, 73% de estos grupos se encontraban en las provincias periféricas, no capitales, de la Sierra y la Selva. En las elecciones de 1995, el porcentaje de alcaldías ganadas por partidos de extracción local alcanzó la cifra abrumadora de 91%; el 78% de estas provincias se encontraban fuera de las ciudades capital de la Sierra y de Selva. La creación de Vamos Vecino por Fujimori para controlar este espacio municipal redujo esta cifra a 48% en las elecciones de 1998, cifra que se mantuvo en las elecciones del 2002.

indígenas o indígena-campesinos compitieron en las elecciones provinciales de 2006. Estos movimientos ganaron un promedio de 14,8% del voto en las 83 provincias en las que presentaron una lista en 2002 y un promedio de 19,7% del voto válido en las 59 provincias en la que presentaron listas en 2006.

En Apurímac, la Alianza Electoral Frente Popular Llapanchik tiene probablemente la trayectoria más prominente. Llapanchick se crea a partir de la unión de siete agrupaciones provinciales de Apurímac para participar en las elecciones regionales y municipales de 2002. Adoptaron una vicuña como símbolo de su grupo y expresaron su intención de «luchar permanentemente por refundar el país sobre la base de movimientos étnico campesinos, buscando establecer una relación armónica entre Estado nación y sociedad» (Pajuelo, 2006, p. 104). Esta agrupación obtuvo 31.721 votos en las elecciones regionales de 2002 (25%) y finalmente han alcanzado la presidencia de la región de Apurímac en las elecciones de 2006 con 39.874 votos (27%). En 2003, Llapanchick obtuvo tres de las siete municipalidades provinciales de Apurímac y doce de las 73 municipalidades distritales. En 2006, a pesar del gran apoyo desplegado a Ollanta Humala en la región, Llapanchick ha mantenido dos de las municipalidades provinciales ganadas en 2003 (Andahuaylas y Antabamba) y ha ganado la municipalidad de Aymaraes. El número de municipalidades distritales ha pasado de doce a veinte.

Varios de estos grupos se disputan el terreno local en Huancavelica: el Movimiento Rikcharisun Ayllu, el Frente Descentralista de Pueblos Andinos, el MINCAP, el Movimiento Regional AYNI y Renacimiento Andino (Durand, 2006). El Movimiento Independiente Qatun Tarpuy en Ayacucho obtuvo su primera municipalidad distrital en 2002 y en 2006 ganó en quince municipalidades distritales y una provincia. El Movimiento Auto Gobierno Ayllu en Cusco obtuvo también su primer alcalde distrital en 2002 y en 2006 llegó segundo en las elecciones regionales y obtuvo seis alcaldías distritales y dos provinciales. Por su parte, el Movimiento Regional Inka Pachakuteq tuvo una gran influencia en las partes altas del Cusco, mientras que el Movimiento Indígena Amazónico del Perú (MIAP), que casi ha desaparecido desde las elecciones de 2006, fue muy dinámico en las elecciones de fines de los noventa.

El contraste con el proceso político en Bolivia y Ecuador es claro. La politización de lo indígena en ambos casos ha venido acompañada de un proceso real de representación política de las fuerzas sociales indígenas. La razón es que las reformas institucionales de los procesos electorales nacionales y locales, y el colapso de los partidos políticos tradicionales coincidió con el fortalecimiento del movimiento campesino-indígena en ambos países, lo que no ocurrió en el Perú. La politización de lo étnico en la esfera electoral se construyó sobre la base de un movimiento cuya identidad política 'indígena' e infraestructura organizacional se acababa de recrear y

fortalecer en campañas de movilización popular. En Bolivia, el apoyo a Evo Morales se construyó gradualmente a lo largo de siete años, a través de campañas electorales consecutivas y de los recursos que se cultivaron a través de la movilización efectiva de organizaciones indígenas (líderes, alianzas, programas y simpatías con otros sectores). De acuerdo con la historia que reconstruye Van Cott (2005), el movimiento indígena en Bolivia participó en las primeras elecciones municipales de Bolivia en 1995 y en las de 1997 con moderado éxito con las Asamblea de la Soberanía del Pueblo (APS)¹⁷. En 1998, el partido se dividió y casi desapareció por varios años. Pero tras dos años de intensas movilizaciones populares, lideradas por el movimiento indígena entre 2000-2002, se abrieron nuevas posibilidades. En las elecciones de 2002, partidos tradicionales como el MNR y el MIR decidieron llevar líderes indígenas en sus filas para compensar su clara crisis de legitimidad; pero un proyecto nuevo ya venía en curso. Cuando la APS se dividió en 1998, el movimiento cocalero formó un nuevo partido valiéndose del registro ya existente del Movimiento al Socialismo y en las elecciones de 1999 obtuvieron 79 concejales en siete de los nueve departamentos. La posición del partido mejoró como fuerza política nacional en 2002 en medio del proceso de movilización cuando el líder de los cocaleros, Evo Morales, se convirtió en el dirigente nacional de las protestas en contra el modelo económico y político. En 2002 el MAS no ganaría las elecciones, pero ya se había constituido en el vehículo electoral más prometedor del movimiento indígena boliviano¹⁸.

El partido indígena de mayor éxito nacional en Ecuador ha sido el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik-Nuevo País fundado en 1995 también desde la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE). De acuerdo con Van Cott (2005), en su primera participación nacional Pachakutik-Nuevo País se convirtió en la cuarta fuerza del Congreso Nacional¹⁹. En 2002, el movimiento formó una alianza con el Partido Sociedad Patriótica (PSP) de Lucio Gutiérrez, con la cual ganaron las elecciones presidenciales. Esta alianza garantizó a Pachakutik-Nuevo País la titularidad de las carteras de Relaciones Exteriores y Agricultura. Sin embargo, contradicciones con el PSP emergieron pronto y la coalición se disolvió en

¹⁷ Con un agrupación llamada la Asamblea de la Soberanía del Pueblo (ASP) y obtuvo diez alcaldes, 49 concejales y once consejeros departamentales. En 1997 logró cuatro escaños en la casa de diputados.

¹⁸ En 2002 el MAS obtuvo 21% del voto nacional, ocho senadores y 27 diputados. El movimiento Pachakutik, creado por otra de las organizaciones indígenas (CSUTB), obtuvo 6,1% de los votantes y seis diputados. Era claro que juntos los partidos indígenas ascendían a un 27% de la votación, cifra superior a la obtenida por el partido ganador (MNR). Aparte de los 41 escaños que estos partidos habían alcanzado juntos al Congreso, otros diez indígenas ocuparon plazas en el Congreso a través de las listas en los otros partidos.

¹⁹ En el año 2000, Pachakutik-Nuevo País obtuvo cinco de los 22 gobiernos regionales (prefecturas), 25 de las 215 alcaldías y 60% de la representación en los consejos consultivos municipales (Van Cott, 2005).

el primer año de gobierno dejando muy debilitada la imagen de la agrupación política indígena. En las elecciones de 2006 decidieron ir solos, pero no llegaron a lograr siquiera el 3% de los votos en primera vuelta. En la segunda vuelta, Pachakutik-Nuevo País apoyó la elección de Rafael Correa, pero jugaron un rol marginal en la victoria del actual presidente. Lo interesante del caso de Ecuador es que aun con la crisis de Pachakutik-Nuevo País en la esfera electoral, Correa ha tenido que responder y negociar las demandas de la CONAIE particularmente en la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la nueva Ley de Agua, sin que la CONAIE o Pachakutik-Nuevo País sean cooptados por el gobierno.

Como hemos tratado de explicar en esta sección, el tipo de politización de lo indígena en el Perú es cualitativamente diferente. En el escenario post-Fujimori se ha extendido un uso de «lo indígena» en el terreno y discurso electoral, pero con pocos vínculos a organizaciones sociales indígenas. Este tipo de organizaciones existen, pero son aún extremadamente débiles. El grupo más organizado ha sido el movimiento indígena amazónico que inició un nivel de articulación importante a través de la Asociación Interétnica de la Selva Peruana (AIDSESEP) en 1979 y la Confederación de Nacionalidades Amazónicas del Perú (CONAP) en 1987 a partir de una fractura de AIDSESEP (Van Cott, 2005). A mediados de la década de los noventa, y por impulso de AIDSESEP, se forma el Movimiento Indígena de la Selva Peruana para confluir a un número amplio de organizaciones regionales indígenas en los procesos electorales en el ámbito local bajo un solo símbolo. Desde el proceso electoral de 2002, el MIAP no ha tenido mayor participación (Dávila, 2005, pp. 36-37). En la Sierra existen varias organizaciones. La Confederación Campesina del Perú creada en 1947 y reimpulsada en 1974, y la coordinadora Nacional de Comunidades Afectadas por la Minería (Conacami) que se creó recientemente en 1999 con mucho dinamismo en las zonas de conflictos mineros. La AIDSESEP y la CONACAMI han sido las más entusiastas en reimpulsar la Conferencia Permanente de los Pueblos Indígenas del Perú (COPPIP) que se creó originalmente en 1999 y que fue debilitada durante el gobierno de Toledo. Con todo esto, las organizaciones sociales indígenas en el Perú han conseguido muy pocos logros políticos sustantivos, su relación con los grupos electorales indígenas es escaso, ninguno ha logrado una plataforma de presencia nacional, o macro-regional. Si bien la AIDSESEP es la organización con más presencia en la región de la amazonía, sus problemas de representación y coordinación son altos, como se ha visto en las movilizaciones de 2009. Aunque el movimiento indígena amazónico ha logrado derogar los decretos legislativos que amenazaban su organización, su todavía frágil organización, en un ambiente hostil de movilización, le ha significado costos muy altos con resultados muy ambivalentes.

3. EL LEGADO INSTITUCIONAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ARENA HOSTIL DE MOVILIZACIÓN

En la sección anterior hemos explicado cómo la democracia electoral ha permitido un espacio de politización de lo étnico sin construir mecanismos de representación formales en el sistema político. También hemos sugerido que este tipo de politización de lo indígena que ha ocurrido en el Perú es el resultado de un legado institucional que reproduce y fortalece una arena hostil para los movimientos indígenas, cuyo fortalecimiento podría empujar la construcción de estos mecanismos de representación. En esta sección tratamos de explicar cómo este legado se ha construido a través de diferentes procesos institucionales, que se superponen y se retroalimentan en el tiempo, dando forma a la arena para la agencia política, en este caso el escenario peruano de politización de lo indígena.

La construcción del legado institucional

Desde fines de los setenta se abrieron procesos de apertura e inclusión social de las poblaciones indígenas en el Perú en el campo. Por una serie de factores no previstos por los líderes de las reformas, este proceso de apertura llevó a indígenas campesinos y militantes de la izquierda marxista a actuar juntos en la esfera del movimiento social. Con un impulso muy fuerte, en muy pocos años, se construyeron las estructuras organizativas y las bases de la identidad política del movimiento campesino, que agrupaba un sector importante de la población indígena. Este proceso de construcción política estuvo caracterizado por una superposición muy grande entre la política del movimiento social y la del partido político. A través de una reforma agraria radical, el gobierno militar de Velasco (1968-1975) abrió un proceso de incorporación e intermediación de intereses de los indígenas campesinos con el Estado (McClintock, 1981; McClintock & Lowenthal, 1983). Sin embargo, la reforma agraria y su organización corporativa fueron concebidas como medios tanto de incorporación como de alto control de las comunidades. En Ecuador y Bolivia hubo un proceso de devolución de tierras a las comunidades y de alta negociación con los proyectos políticos de estos regímenes (Albó, 2008)²⁰. En el Perú, en cambio, se crearon unidades estatales de producción y autogestión para administrar las haciendas expropiadas y sus tierras. Asimismo, el gobierno trató de excluir a las organizaciones sociales de la política de partidos. Prohibida la política partidaria, la izquierda encontró en el mundo de los movimientos sociales un espacio fértil para seguir con su activismo político (García-Sayán, 1982; McClintock, 1984)²¹.

²⁰ Ver también Caumartin, C., G. Gray Molina & R. Thorp (2008).

²¹ Cooperativas agrarias de producción (CAP) o sociedades agrícolas de interés social (SAIS). Estas cooperativas incluían los ex trabajadores de las fincas y las comunidades de los alrededores. La mayor

En un contexto de crecientes contradicciones debido a las políticas de Velasco en el sector rural de la sierra, la izquierda logró una alta expansión en zonas indígenas campesinas, particularmente en las zonas del sur andino. Hacia 1974, solo el 9% de las tierras había sido repartido entre las comunidades (Arce, 1985, p. 84; Caballero, 1990, p. 100), las cooperativas no lograban resolver las necesidades socioeconómicas de los campesinos (Figueroa, 1973; Webb & Figueroa, 1975)²², y la ‘modernización’ de las organizaciones comunales al interior de las cooperativas creaba conflictos entre las comunidades y los burócratas de las cooperativas (Bourque & Palmer, 1975, p. 190)²³. En 1972, la creación de la Agencia de Participación y Movilización Popular y de la Confederación Nacional Agraria (CNA) como órgano de expresión legítima de los sectores agrícolas en 1972²⁴, despojó a las federaciones campesinas preexistentes, como aquellas vinculadas a la CCP y a la izquierda, de su capacidad oficial de representación (Bourque & Palmer, 1975)²⁵. Todos estos elementos llevaron a una situación de conflicto. Los campesinos indígenas pasaron de luchar contra los terratenientes a rechazar la intervención del Estado: un nuevo ciclo de las invasiones de tierras comenzó en varias partes del territorio con epicentro en el Sur (García-Sayán, 1982; Sánchez, 1981), y se extendieron en el departamento de Puno en la década de los ochenta (Rénique, 2004; Caballero, 1990). Las tomas de tierras aumentaron con el derrocamiento de Velasco en 1975 y las fuerzas indígenas campesinas se fortalecieron con la radicalización de la oficial organización agraria, la CNA, cuyos líderes adoptaron un discurso crítico frente al Estado. La CNA fue finalmente declarada ilegal en 1976. La CCP se convirtió en los años setenta en el aparato central de un movimiento campesino bastante dinámico que a finales de la década aglutinaba alrededor de 250.000 miembros de 500 organizaciones (federaciones, sindicatos, comunidades,

parte de estas unidades estatales se desarrollaron en aquellas áreas donde el sistema de hacienda había sido más prevalente y donde los campesinos indígenas tenían una memoria muy viva de la explotación tradicional. El departamento de Cusco y Puno fue sede de la mayor transformación de la tenencia de la tierra en la Sierra, representando cerca del 45% del total de tierras expropiadas en la Sierra.

²² Cuando se vieron obligados a pagar sueldos y centralizar la producción, a estas haciendas pre-capitalistas les fue muy difícil alcanzar el nivel requerido de eficiencia para producir beneficios (Figueroa, 1973; Webb & Figueroa, 1975).

²³ Por ejemplo, solo aquellos que podían leer y escribir eran elegibles para los cargos en el consejo.

²⁴ Los trabajadores de las CAPs y las SAIS, los agricultores independientes y las comunidades reconocidas oficialmente fueron integrados en esta organización. Véase Palmer (1973) para un análisis de la estructura y el rol formal de SINAMOS en sus años de formación.

²⁵ Coincidentemente, este fue el caso de las federaciones que se habían creado en la década anterior de agitación social. De 1956 a mediados de los años 60 se dio un primer ciclo de invasiones de tierras controlado por la realización de una reforma agraria parcial y una intervención militar en las regiones problemáticas como Cusco (Cotler & Portocarrero, 1976, p. 292). En estas regiones, el ejército también tuvo que responder a la incursión de un movimiento guerrillero (Lowenthal, 1975).

y otros) en 17 departamentos, principalmente en las sierra sur. (Mar *et al.*, 1980; McClintock, 1984; Monge, 1989). La construcción de un movimiento de campesinos indígenas de la sierra nunca fue mayor que en este momento. Las invasiones no solo representaban demandas locales contra los terratenientes. La movilización contra el Estado nacional impulsaba la construcción de federaciones en las provincias y luego en las regiones, con un amplio apoyo de los partidos de la izquierda.

Los indígenas campesinos y los militantes de la izquierda, ambos actuando en la esfera del movimiento social, construyeron las estructuras organizativas y las bases culturales más importantes del movimiento indígena campesino, con una superposición muy grande entre la organización social y el partido político, que se concebía como un partido marxista de cuadros²⁶. En relación a las estructuras organizativas, grupos como Vanguardia Revolucionaria brindaron estrategia y táctica para la toma de las tierras, crearon redes, construyeron contactos con otras organizaciones, difundieron la información a través de boletines y conferencias, y desarrollaron un repertorio eficaz de activismo político en el campo. En el Perú, organizaciones como la CCP crearon su estructura organizativa sobre la base de la idea de la organización de «cuadros» distintiva del partido marxista y muy vigente en una izquierda peruana que había estado por mucho tiempo ajena a la arena electoral, y por lo tanto altamente ideologizada²⁷. En su momento, esta estructura ayudó a una centralización rápida del movimiento campesino peruano sostenida por cuadros especializados, de origen campesino o no-campesino, y de dedicación exclusiva. Sin embargo, en el largo plazo, la presencia de la izquierda y sus recursos, que sostenían un tipo de organización política muy demandante en tiempo y dedicación inhibió que los propios campesinos indígenas construyeran, si bien más lentamente, estructuras de organización con sus propios recursos, con líderes cuya dedicación responda mejor a su entorno económico, y con un discurso y repertorio más basado en su memoria colectiva y necesidades concretas que en consignas ideológicas. La tesis oficial de la organización de «cuadros» insertados en la «masa» y las diferencias reales y dramáticas que existía entre los dirigentes y la población indígena campesina creó una organización sumamente diferenciada y dispersa. Finalmente, la fuerte inclinación ideológica de la izquierda hizo al movimiento muy propenso a la división y no a las alianzas, afectando a la larga la cohesión de los grupos (Rénique, 1987, 1988).

En relación con la identidad política, la lucha por la tierra y la autonomía de la organización fue una poderosa fuente de identidad política durante estos años (Ballón, 1980). Los líderes de la izquierda y los campesinos indígenas lograron mantener un

²⁶ La mayoría de los partidos de izquierda se consideraban marxistas-leninistas, salvo el Partido Socialista Revolucionario, que decía aceptar nada más la «interpretación marxista del capitalismo» (Lynch, 1999).

²⁷ La arena electoral tiende a generar incentivos para la moderación de los discursos y para el pragmatismo político, en función de conseguir el mayor apoyo de votos Przeworski (1985).

delicado equilibrio respondiendo al discurso «incluyente» del gobierno con un discurso político de rechazo al continuismo «del Estado oligárquico al Estado burgués». En los ojos de los líderes del movimiento campesino, el Estado se convirtió en el nuevo propietario de la hacienda, aún más poderoso. «Wanuchun Asnu Cooperativa» («muerte para la cooperativa, ese burro viejo») fue el lema de la CCP que resonó en el altiplano (CCP, 1974; FDCC, 1977, 1981). Este discurso se adaptó muy bien tanto a la ideología marxista como a la realidad y aspiración de las poblaciones indígenas campesinas. El discurso de clases creado por la CCP era altamente consistente con las experiencias negativas de las comunidades con las cooperativas y los funcionarios de la reforma agraria. Más aún, no había nada inherentemente conflictivo entre este discurso y las identidades y aspiraciones por tierra y liberación locales. La lucha por la tierra era parte de la memoria colectiva de agravios y de la cultura política de las comunidades indígenas. En ese sentido, en las comunidades indígenas campesinas la lucha por la tierra resonaba tanto a su historia de etnia como a su historia de clase²⁸. Los partidos de la izquierda como VR y el MIR fueron los primeros en incorporar creativamente las reivindicaciones de tierras en su discurso marxista²⁹.

De la Cadena (2001) ha argumentado que la retórica de clase fue una opción política para los pueblos indígenas que no significó la pérdida de sus culturas, sino más bien una estrategia hacia su empoderamiento (p. 20). El proceso que hemos reconstruido a partir de nuestras entrevistas nos ayuda a ampliar el debate que De la Cadena plantea. Nuestra lectura es que en el proceso de movilización, los líderes del movimiento indígena campesino aprendieron a leer su realidad y problemas con un marco analítico «clasista» altamente ideológico, a pesar de que elementos de su cultura indígena se encontraban muy presentes en diferentes ámbitos de su organización³⁰. Della Porta & Diani argumentan que los marcos analíticos pueden restringir o ampliar las opciones de identidad política de los movimientos sociales (1999, pp. 164). El movimiento social desarrolló un tipo de clasismo que hizo «invisible» sus características étnicas.

En resumen, el escenario de polarización alrededor de la lucha por la tierra fue importantísimo en la exitosa influencia que tuvo la izquierda peruana en las bases

²⁸ Montoya (1989) argumenta que nada más diferente que una lucha exclusivamente material. La tierra para las comunidades campesinas indígenas era el símbolo de su carencia histórica como indios, de su exclusión de la sociedad y de la restauración de su cultura y sus orígenes como pueblo.

²⁹ Vanguardia Revolucionaria incorporó la lucha por la tierra con éxito en su discurso marxista, en la que esta lucha fue el primer paso en la organización de una clase de movimiento de base con el fin de basarse en una alianza obrero-campesina (CCP, 1974, p. 1). Las tierras para las comunidades eran una forma de empoderar a las comunidades y a sus organizaciones autónomas que formarían la base del Estado que Vanguardia Popular y otros grupos como el MIR estaban buscando a construir.

³⁰ Entrevista con Mollohuanca, Merma y Silva en Cusco, agosto de 2008. Ver también *El Caballo Rojo* 42 (1981).

organizacionales y culturales del movimiento campesino, fundamentalmente en el sur de la Sierra. Si usamos intuitivamente la experiencia de las rondas que se desarrollaron en Cajamarca como un contrafactual —y que se extendieron hacia las zonas de la Sierra de los departamentos vecinos de Amazonas, La Libertad, Lambayeque y Piura— vemos que la influencia de la izquierda no fue posible, en el mismo grado, debido a que no existieron las condiciones de polarización del Sur. El tipo de estructura organizativa e identidad política que surgió en el movimiento campesino fue muy diferente. Paradójicamente, en una zona donde se esperaría una mayor preeminencia del discurso clasista por la extensión del mestizaje y la mayor integración a la economía nacional, sin mayor conflicto por la tierra, la izquierda marxista tuvo una menor acogida e interés en el nivel local³¹. Sin mayor presencia de cuadros especializados de la izquierda a nivel local, aparecieron un tipo de organización y una identidad política completamente originales, *las rondas*. En los años formativos, los ronderos tuvieron que construir su articulación sobre la base de sus propios recursos y memoria colectiva. Sin cuadros altamente comprometidos ni especializados, las redes tenían que ser densas en la base y con una alta y compulsiva rotación dirigenzial (Starn, 1992). De la misma forma, sin la influencia de marcos analíticos más «sofisticados», léase marxistas-leninistas, el deseo por justicia impulsó un proceso de construcción colectiva muy simple pero muy fuerte de ‘la autonomía de la justicia campesina’³².

Hemos tratado de explicar en esta sección las condiciones en las que el movimiento indígena campesino surge en los setenta y adquiere características propias de la izquierda marxista peruana con la que se asocia. Albó (2008) y Becker (2008) son excelentes análisis de la diferente trayectoria de la izquierda en Ecuador y en Bolivia, y de cómo con estructuras organizativas más densas y un discurso ideológico más flexible, que incorporaba de forma positiva los elementos indígenas de la población campesina, logró fortalecer eventualmente las bases de un movimiento indígena de izquierda en esos países.

³¹ En el norte, el conflicto en torno a la tierra se resolvió a mediados de los setenta y las comunidades se quedaron solas por primera vez después de desaparición de los terratenientes (Muñoz *et al.*, 2007). Los líderes comunitarios se interesaron más en la solución de sus problemas inmediatos y de la comunidad, especialmente la escalada de robos de ganado que alcanzó proporciones de epidemia en Cajamarca a mediados de la década de 1970 (Gitlitz & Rojas, 1983; Gitlitz, 1998).

³² Los ronderos enfatizaron su condición de ruralidad —estrechamente relacionada con su historia de discriminación como indios— para diferenciar «su justicia» de la «justicia discriminadora» de la ciudad y su condición comunal andina para justificar a la ronda y la asamblea comunal como fuente de una justicia real. Sin ser un movimiento que necesariamente se autopercebe como indígena, el reconocimiento estatal del derecho constitucionario y de las estructuras autónomas de gobierno comunal ha ayudado al desarrollo constitucional en el Perú de una noción más heterogénea y multicultural de la ciudadanía (Yrigoyen 2002; Sieder 2002).

Los efectos del legado institucional y el escenario fujimorista

En esta subsección pasamos a explicar cómo las organizaciones indígenas campesinas como la CCP fueron lidiando las consecuencias del legado de superposición entre la política del movimiento y la política del partido. Esta superposición impidió ver la necesidad de una mayor separación y construcción autónoma de las organizaciones. La verticalidad e ideologización de las organizaciones previamente constituidas resultaron en una cultura política que no fue fácil de superar, ni por los líderes de las organizaciones campesinas, ni por los líderes de los partidos, quienes frecuentemente eran los mismos. Finalmente, la lógica competitiva de la política de partidos terminó obstaculizando la creación de espacios autónomos de convergencia entre las organizaciones sociales del mundo rural o andino. Al final de la sección, mostramos cómo a fines de los años ochenta las organizaciones campesinas indígenas se derrumbaron junto con los partidos políticos que las apoyaban, lo que abrió la puerta para la campaña de desprestigio y criminalización de la protesta que caracteriza al legado de Fujimori.

Luego del colapso del gobierno militar y el retorno a las elecciones en 1980, el nuevo modelo de representación que emergió fue altamente inclusivo (Sanborn, 1991). El alto voto rural que consiguieron los partidos de izquierda indicó el grado de expansión de estos grupos en la década anterior entre los campesinos indígenas (McClintock, 1984)³³. Si en el pasado la izquierda actuaba a través de las organizaciones indígenas campesinas que representaban los intereses de los sectores rurales frente al Estado, con el nuevo régimen la relación se invierte. La mediación de los intereses de los campesinos indígenas frente al Estado la tienen ahora los partidos políticos (Ballón, 1989). Dados los recursos organizativos y simbólicos que los partidos políticos de la izquierda habían acumulado en los años anteriores de la movilización, las organizaciones sociales aspiran fundamentalmente a una representación a través de los partidos de la izquierda en este nuevo contexto.

Sin embargo, el terreno político de los movimientos sociales es muy diferente del terreno político de los partidos³⁴ y eso fue claro en el Perú en el contexto de los ochenta. En su análisis del sistema de partidos en esos años, Martín Tanaka advirtió claramente la problemática de la distinción entre estas arenas políticas en el Perú,

³³ La alta votación que los diversos grupos de izquierda obtuvieron en las elecciones para la Asamblea Constituyente en 1978 fue una gran sorpresa. Representaba la votación más alta de un partido de izquierda en América Latina después de Chile en 1970 (Sanborn, 1991). Ya en 1956 y 1962-1963, la alta votación de otros partidos populares como Acción Popular en zonas de predominancia indígena denotan el proceso de incorporación partidaria que se venía desarrollando.

³⁴ Tilly (2007b) desarrolla un análisis muy claro de esta distinción.

la de los movimientos sociales y la de los partidos (Tanaka, 1998)³⁵. Por un lado, los actores políticos de la izquierda tuvieron que responder a un mayor número de personas que aquellos afiliados a las organizaciones sociales así como a tareas electorales muy concretas como organizar listas de candidatos y preparar programas de gobierno. Las agendas políticas de los partidos generalmente superaban las demandas más específicas de los movimientos sociales y muchas veces generaban tensiones al interior del partido porque las agendas necesarias de los primeros para capturar mayor apoyo electoral podían fácilmente entrar en conflicto con las demandas de estos últimos (Tanaka, 1998; Grompone, 1991). Finalmente, la figura del frente político hacía que los partidos de izquierda asociados a las organizaciones de campesinos indígenas no solo compitieran con los partidos de derecha o de centro, sino también con los otros partidos de izquierda de su propio frente electoral³⁶.

Por otro lado, las organizaciones sociales requerían también adaptación de sus organizaciones, el desarrollo de un nuevo liderazgo y un programa, ya que el gran conflicto por la tierra había concluido³⁷. La efectividad de los movimientos sociales no se mide tanto por los números, sino por la habilidad del grupo de articular demandas en forma rápida, coherente y coordinada, así como por la capacidad de ofrecer una identidad política, discurso y formas de expresión que convoquen y den impulso a la protesta (Tilly, 2007b, p. 249). Con el regreso a la democracia y la inclusión de los partidos de izquierda en la carrera electoral, el proceso de construcción del movimiento campesino, muy dinámico en los años setenta, fue interrumpido por la cantidad de recursos que tuvieron que pasar a la construcción del frente electoral. Hacia el año 1982, las discusiones alrededor del VI congreso de la CCP expresaba una creciente conciencia de estas necesidades³⁸. Pero la urgencia no fue sentida de forma uniforme, los líderes campesinos encontraban cada vez más difícil moverse solos en la antigua estructura organizativa y empezaron a quejarse de que los partidos usaban la organización y las viejas lealtades para aumentar su poder electoral, en lugar de responder a las necesidades de la construcción del movimiento. Las disputas entre los partidos de izquierda se convirtieron en perjudiciales para la organización cuando tratando de obtener apoyo para la potenciación de su propio

³⁵ Este hecho plantea a los actores partidarios el desafío de ejercer sus tareas de representación en un contexto en que la distinción entre partidos y movimientos sociales asume nuevos significados y en el que la centralidad de una dinámica movimientista cede el paso a otra mediática, donde la opinión pública es cada vez más importante (Tanaka, 1998, p. 34).

³⁶ Para una mejor descripción de la dinámica de partidaria de la Izquierda Unida, véase Sanborn (1991), Roberts (1992) y Tanaka (1998). Rénique (2004) es una excelente referencia de la historia de la política partidaria de la izquierda en el Sur andino.

³⁷ Ver *El Caballo Rojo* 113 (1982).

³⁸ Ver *El Caballo Rojo* 115 (1982) y 91 (1982).

partido dentro de la IU obstaculizaban el diálogo y debate entre las diferentes organizaciones del sector rural. Este fue el caso de permanentes diferencias entre la CNA y la CCP, largamente motivadas por las disputas entre los partidos que representaban posturas pre-Vanguardia Revolucionaria y pre-Velasco³⁹, y de la división de las rondas campesinas a nivel departamental por la competencia política entre el APRA y Patria Roja (Starn, 1992). En la década de 1980, las controversias entre los partidos se convirtieron en un claro obstáculo para la construcción de espacios de debate entre diferentes movimientos campesinos de manera autónoma y amplia. En Bolivia y Ecuador, la rápida pérdida de legitimidad de la izquierda y la diferente relación (organizacional y simbólica) entre el movimiento campesino y los partidos políticos permitieron que las diferentes organizaciones indígenas campesinas empezaran a movilizarse con nuevas estructuras organizativas e identidad política y escalaran en negociaciones y en alianzas entre ellas sin mayor intermediación de los partidos políticos (Van Cott, 2005).

El proceso democrático de los ochenta, en vez de impulsar y fortalecer un movimiento campesino que pudiera servir de base social para un potencial movimiento indígena, como ocurrió en Ecuador y Bolivia, lo debilitó. En la segunda parte de la década, la violencia empezó a afectar las oportunidades de asociación de los sectores campesinos. Así mismo, la crisis económica empezaba a minar los derechos sociales previamente adquiridos por estos sectores. La capacidad de respuesta local a estos problemas fue mayor en los sectores campesinos e indígenas más organizados, pero el movimiento social a nivel nacional se derrumbaba al mismo tiempo que colapsaban los partidos políticos populares que por décadas habían sido aliados de estas organizaciones. Finalmente, la violencia, la crisis económica, el sentido de ingobernabilidad, y el entrapamiento de los partidos para responder a estos problemas llevaron a la izquierda en el Perú al desprestigio político y el colapso al final de la década.

Lo que siguió en 1990 con la elección de Alberto Fujimori era un modelo de representación electoral-mediático (Tanaka, 1998). En este modelo los nuevos partidos independientes eran poco más que etiquetas o vehículos para los políticos de todos los colores ideológicos que habían abandonado sus partidos tradicionales para unirse a los partidos «desideologizados» y «pragmáticos» (Cameron & Levitsky, 2003). El resultado fue la mayor fragmentación de la política en todos los niveles que hemos explicado en la primera sección⁴⁰. Con los años, la realidad fue que la

³⁹ Ver *El Caballo Rojo* 133 (1982); las entrevistas a dirigentes agrarios en *QueHacer* 12 (1981); el reporte de Eguren, F. y A. Filomeno en *QueHacer* 18 (1982) y las entrevistas a Andrés Luna Vargas y Felipe Huamán en *QueHacer* 28 (1984).

⁴⁰ En el plano nacional, la relación con los medios de comunicación y el desarrollo de una imagen pública nacional se convirtió en esencial para las elecciones presidenciales y parlamentarias (Conaghan,

fragmentación de los sistemas políticos no solo se dio en el Perú, sino fue un fenómeno común en América Latina y los países andinos (Van Cott, 2005).

En países como Bolivia y Ecuador, nuevos actores sociales, los movimientos indígenas, surgieron como una alternativa de renovación al sistema tradicional de partidos políticos. En estos países, el escenario de fragmentación de la política a fines de los ochenta no significó una fragmentación de las organizaciones indígenas campesinas, dada la distinta relación que estas organizaciones habían construido con los partidos populares en los años previos. La crisis y el progresivo recorte de derechos que vino con la crisis económica sirvieron, por el contrario, de catalizador para la emergencia de nuevos actores, quienes por el tipo de organizaciones densas en la base e imaginarios culturales más flexibles pudieron desligarse más rápidamente de los partidos con los que en el pasado estuvieron asociados y así progresivamente ocupar el espacio que estas agrupaciones dejaron en el terreno político dado su creciente desprestigio político. De esta manera, saltaron a la arena política formal y ocuparon un espacio dejado por los partidos tradicionales. Esto no fue posible en el Perú dado el grado de asociación y de superposición entre la política del movimiento y una política de partido que se había construido sobre la base de una organización altamente vertical y de una orientación ideológica extrema. Las consecuencias negativas de esta superposición no se identificaron a tiempo, lo que debilitó tanto a la izquierda como al movimiento campesino indígena. A fines de la década, el movimiento campesino colapsó junto al sistema de partidos.

El estado de crisis total, tanto en la economía, como en la política, la sensación de ingobernabilidad y terror, y la situación de fragmentación y sensación de fracaso de las organizaciones sociales ofreció un espacio abierto para el fujimorismo político, una estrategia que, aunque aparentemente diferente, reforzó a un más mecanismos de incorporación caracterizados por el verticalismo y el clientelismo, en donde la protesta y la movilización no solo se vieron desprestigiadas, sino crecientemente criminalizadas. Muñoz *et al.* (2007) han explorado la diversidad regional de la acción colectiva entre poblaciones indígenas en el nuevo contexto de los años noventa y mostraron cómo los líderes locales enfrentan hoy una arena política que es muy problemática de manejar fuera del espacio inmediato local; esta situación se vuelve mucho más visible entre poblaciones predominantemente indígenas. Alcanzar un nivel de movilización a nivel nacional y regional requiere de recursos económicos, conexiones con líderes políticos reconocidos y la prensa, y la incursión en relaciones clientelares (Muñoz *et al.*, 2007; Tanaka, 2001). En este contexto, como hemos

2002; Tanaka, 1998). En el nivel municipal, el nuevo modelo electoral, junto con la organización política muy fragmentados del país (195 provinciales y 1.833 municipalidades distritales), hizo de la política en el Perú muy desarticulada, especialmente en las zonas donde viven los pueblos indígenas.

explicado, surgen candidatos que usan las demandas desarticuladas de las poblaciones indígenas para construir su apoyo electoral, pero estas prácticas no construyen formas transparentes de representación. Si estas prácticas incrementan una arena hostil, de desilusión y escepticismo con la construcción de organizaciones de cualquier tipo, el legado de la violencia y represión se mantiene para debilitar el surgimiento de los movimientos a todo nivel a través de la desconfianza, el miedo, y la sospecha entre los actores.

CONCLUSIONES

Los esfuerzos del régimen de Velasco de cooptar las organizaciones indígenas campesinas y las políticas contradictorias de distribución de tierras crearon un escenario de polarización que favoreció la expansión de la izquierda. Surge entonces una asociación muy estrecha entre una izquierda vertical y muy ideologizada y las organizaciones indígenas campesinas que representaban los intereses de los sectores rurales frente al Estado. En este contexto, una buena parte del movimiento campesino adopta el tipo de organización vertical de cuadros del partido marxista y una identidad clasista extremadamente ideológica. Hubo sin embargo experiencias que contrastaron con esta tendencia. La experiencia de las rondas campesinas en el norte del país, así como el movimiento amazónico, son procesos organizacionales y culturales diferentes⁴¹.

Cuando el país regresa a un régimen democrático, la relación se invierte. La mediación de los intereses de los campesinos indígenas frente al Estado la tienen ahora los partidos políticos. Las organizaciones sociales aspiran a una representación a través de los partidos. Sin embargo, el legado vertical e ideológico de una organización de cuadros restará capacidad al movimiento campesino para construir una infraestructura organizacional e identidad política propia. La lógica competitiva de la política de partidos que se superponía e imponía a la lógica del movimiento terminó obstaculizando la creación de espacios autónomos de convergencia entre las organizaciones sociales del mundo rural, andino o amazónico. Al final de esta etapa, la crisis de fines de los años noventa y la caída de los partidos políticos, que en gran parte proveían la infraestructura organizacional y el discurso político a las organizaciones campesinas indígenas, creará un escenario de fragmentación no solo de la política, sino de la organización social. A esto se sumará un clima de mayor criminalización de las protestas heredado del conflicto armado, particularmente en las zonas rurales y la campaña de desprestigio de la movilización por Fujimori, que elevará a un más la hostilidad de la arena de la movilización indígena en el Perú.

⁴¹ Véase Chirif (2005) para un breve recuento de la experiencia del movimiento amazónico.

En esta arena hostil, de cambio y continuidad, los diferentes intentos de incorporación política y sus legados institucionales han reforzado un tipo de politización de lo indígena, «desde arriba», en vez de prevenir la politización de la etnicidad. En el Perú, lo indígena se politiza con débiles movimientos indígenas, fuertemente influenciada por el desarrollo de la política electoral regional y local y por la predominancia de líderes carismáticos, que refuerzan relaciones clientelares y no democráticas de representación.

REFERENCIAS

- Alarcón, A. (1982). VI Congreso CCP, Los Campesinos y la Unidad. *El Caballo Rojo* 115 (25/07/82), p. 4.
- Albó, Xavier (2008). Movimientos y poder indígena en Bolivia, Ecuador y Perú. *Cuadernos de Investigación* 71. La Paz: CIPCA.
- Anderson, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Arce, Elmer (1985). Comunidades campesinas y políticas del Estado: década del 70. *Socialismo y Participación* 12, pp. 81-91.
- Ballón, Eduardo (1980). Movimiento campesino y conciencia de clase. *QueHacer* 4 pp. 110-117.
- Ballón, Eduardo (1989). Estado, sociedad y sistema político peruano; velasquismo, APRA y Alan García. En L. Meyer & José Luis Reyna (editores), *Los sistemas políticos en América Latina*. Mexico: Siglo XXI, pp. 171-196.
- Ballón, E., F. Eguren & D. García-Sayán (1981). El partido en el Perú: a propósito de un estilo y una manera de construir la organización. *Que Hacer* 10, pp. 56-64.
- Barth, Fredrik (1969). *Ethnic Groups and Boundaries: the Social Organization of Culture Difference*. Bergen: Allen & Unwin.
- Bates, Robert (1971). *Unions, Parties, and Political Development, a Study of Mineworkers in Zambia*. New Haven: Yale University Press.
- Bates, Robert, Rui de Figueiredo & Barry Weingast (1998). The Politics of Interpretation: Rationality, Culture and Transition. *Politics & Society* 26 (4), pp. 603-642.
- Becker, Marc (2008). *Indians and Leftists in the Making of Ecuador's Modern Indigenous movements*. Durham: Duke University Press.
- Bedford, Robert (1997). An Insider's Critique of the Social Movement Framing Perspective. *Sociological Inquiry. Special Section: Social Movements* 67 (4), pp. 409-430.
- Bedford, Robert & David Snow (2000). Framing Processes and Social Movements and Assessment. *Annual Review of Sociology* 26, pp. 611-639.

- Bourque, Susan & David Palmer (1975). Transforming the Rural Sector: Government Policy and Peasant Response. En Abraham Lowenthal (editor), *Peruvian Experiment: Continuity and Change Under Military Rule*. Princeton: Princeton University Press.
- Brass, Paul (1997). *Theft of an Idol: text and context in the representation of collective violence*. Princeton: Princeton University Press.
- Brubaker, R. (2004). *Ethnicity without groups*. Cambridge: Harvard University Press.
- Caballero, Víctor (1990). El Modelo Asociativo en Junín y Puno: Balance y Perspectivas del Problema de la Tierra. En Ángel Fernández & Alberto Gonzales (editores), *La reforma agraria peruana, 20 años después*. Chiclayo: Centro de Estudios Solidaridad-Concytec, pp. 97-130.
- Cánepa, Gisella (1998). *Máscara, transformación e identidad en los Andes: la fiesta de la Virgen del Carmen Paucartambo-Cuzco*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Cánepa, Gisella (2008). The Fluidity of Ethnic Identities in Peru. *CRISE Working Paper 46*. Universidad de Oxford.
- Caumartin, C., Gray Molina, G., & R. Thorp (2008). Inequality, Ethnicity and Political Violence in Latin America. En F. Stewart (editor), *Horizontal Inequalities and conflict, Understanding Group Violence in Multiethnic Societies*. Basingstoke: Palgrave Macmillan, pp. 227-251.
- CPP-Confederación Campesina del Perú (1973). Semblanza bibliográfica de Justiniano Minaya. *Voz Campesina 22*, pp. 3-5.
- CPP-Confederación Campesina del Perú (1974). *Conclusiones del IV Congreso de la Confederación Campesina del Perú*. Lima: CCP.
- Chandra, Kanchan (2001). Introduction: Constructivist Findings and Their Non-Incorporation. *APSA-CP: Newsletter of the Organized Section in Comparative Politics of the American Political Science Association 12* (1), pp. 7-11.
- Chirif, Alberto (2005). A casi 40 años de la Sal de los Cerros. *Actualidad* <http://www.servindi.org/actualidad/1554>. Fecha de consulta: 28 de mayo de 2009.
- Cohen, Jean (1985). Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements. *Social Research 52* (4), pp. 663-716.
- Collier, Ruth & David Collier (1991). *Shaping the Political Arena. Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*. Princeton: Princeton University Press.
- Conaghan, C. (2002). Cashing In on Authoritarianism: Media Collusion in Fujimori's Peru. *Harvard International Journal of Press/Politics 7* (1), pp. 115-125.
- Cotler, Julio & Felipe Portocarrero (1976). Organizaciones Campesinas en el Perú. En José Matos Mar (editor), *Hacienda, Comunidad y Campesinado en el Perú*. Lima: IEP, pp. 267-310.

- Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2004). *Informe final: Perú, 1980-2000*. Lima: CVR.
- Dávila Puño, Julio (2005). *Perú: Gobiernos locales y pueblos indígenas*. Lima: Grupo de Trabajo Racimos de Ungurahui.
- De la Cadena, Marisol (2000). *Indigenous Mestizos: the politics of race and culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham: Duke University Press.
- De la Cadena, Marisol (2001). *Reconstructing Race, Racism, Culture and Mestizaje en Latin America*. NACLA Report on the Americas. Nueva York: NACLA.
- Degregori, Carlos Iván (1981). CCP: La larga marcha por la tierra y el poder. *El Caballo Rojo* 42 (01/03/81), p. 3.
- Degregori, Carlos Iván (1982). Paro Agrario. La rebelión de Lampas. *El Caballo Rojo* 133 (28/11/82), p. 3.
- Degregori, Carlos Iván (1998a). Movimientos étnicos, democracia y nación en Perú y Bolivia. En C. Dary (editor), *La construcción de la nación y la representación ciudadana en México, Guatemala, Perú, Ecuador y Bolivia*. Ciudad de Guatemala: FLACSO, pp. 159-225.
- Degregori, Carlos Iván (1998b). Ethnicity and Democratic Governability in Latin America: Reflections from Two Central Andean Countries. En América F. Agüero & J. Stark Fault, *Lines of Democracy in Post-Transition Latin*. Miami: North-South Center Press, pp. 203-234.
- Degregori, Carlos Iván (1999). Pueblos indígenas y democracia en América Latina. En Juan Carlos Nieto Montesinos (editor), *Sociedades multiculturales y democracias en América Latina*. México: UNESCO-DEMOS, pp. 177-210.
- Della Porta, Donatella & Mario Diani (1999). *Social Movements: an introduction*. Oxford: Blackwell.
- Durand Guevara, A (2006). Revaloración étnica y representación política: Los casos de INTI y MINCAP de Lircay, Huancavelica. En J. Iguíñiz, J. Escobal & C. I. Degregori (editores), *Perú: El problema agrario en debate*. Lima: SEPIA, p. 541-582.
- Elster, Jon (1989). *The Cement of Society. A Study of Social Order*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Eguren, F. & A. Filomeno (1982). Dos Congresos un camino. *QueHacer* 18 pp. 48-59.
- FDCC. Federación Departamental del Cusco (1977). *Informe Sobre la Toma de Tierras en Anta*. Cusco: FDCC.
- FDCC. Federación Departamental del Cusco (1981). *Resoluciones y Conclusiones del IV Congreso de la Federación Departamental de Campesinos del Cusco*. Cusco: FDCC.

- Figueroa, Adolfo (1973). *El Impacto de las Reformas Actuales sobre la Distribución de Ingresos en el Perú*. Trabajo presentado en el seminario internacional «Distribución del ingreso y desarrollo». Lima: CISEPA.
- García, María Elena (2005). *Making Indigenous Citizens: identities, education, and multicultural development in Peru*. Stanford: Stanford University Press.
- García, María Elena & Juan Antonio Lucero (2004). ¿Un país sin indígenas? Re-thinking Indigenous Politics in Peru. En Nancy Postero & Leon Zamosc (editores), *The Struggle for Indigenous Rights in Latin America*. Sussex: Sussex Academic Press, pp. 158-188.
- García-Sayán, Diego (1982). *Tomas de tierras en el Perú*. Lima: CEPES.
- Geertz, Clifford (1973). *The Interpretation of Cultures; selected essays*. Nueva York: Basic Books.
- Gellner, Ernest (1983). *Nations and Nationalism*. Oxford: Blackwell.
- Gitlitz, John (1998). Decadencia y supervivencia de las rondas campesinas del norte del Perú. *Debate Agrario* 28, pp. 23-53.
- Gitlitz, John & Telmo Rojas (1983). Peasant vigilante committees in northern Peru. *Journal of Latin American Studies* 151, pp. 163-197.
- Gonzales, R. (1982). Cuarto Consejo de la CCP: se hace camino al andar. *El Caballo Rojo* 91 (07/02/82), p. 3.
- Grompone, Romeo (1991). *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima*. Lima: IEP.
- Hale, Charles (2005). Neoliberal Multiculturalism. *Political and Legal Anthropology Review* 28 (1), pp. 10-19.
- Huamán, Felipe (1984): Sí, los patronos podrían regresar. *QueHacer* 28 pp. 43-45.
- Isaacs, Harold (1975). *Idols of the Tribe: group identity and political change*. Cambridge: Harvard University Press.
- Laitin, David (1986). *Hegemony and Culture, Politics and Change among the Yoruba*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Levitsky, Steven & Maxwell Cameron (2003). Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru. *Latin American Politics and Society* 45 (3), pp. 1-33.
- Lowenthal, Abraham ed. (1975). *Peruvian Experiment: Continuity and Change Under Military Rule*. Princeton: Princeton University Press.
- Luna Vargas, Andrés (1984). La derecha alienta diferencias. *QueHacer* 28, pp. 41-43.
- Lynch, Nicolás (1999). *Una tragedia sin héroes. La derrota de los partidos y el origen de los independientes. Perú, 1980-1992*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

- Madrid, Raúl (2008). The Rise of Ethnopolitism in Latin America. *World Politics* 60, pp. 475-508.
- Madrid, Raúl (2009). Peru: Ethnic Politics without Ethnic Parties. Manuscrito a ser publicado en *The Rise os Ethnic Politics in Latin America*. Libro inédito de próxima publicación en Cambridge University Press.
- Mahoney, James (2003). Strategies of Causal Assessment in Comparative Historical Analysis. En James Mahoney & Dietrich Rueschemeyer, *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Mallon, Florencia (1992). Indian Communities, Political Cultures, and the State in Latin America, 1780-1990. *Journal of Latin American Studies* 24, pp. 35-53.
- Mallon, Florencia (1995). *Peasant and Nation: the Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.
- Matos Mar, José & Juan Mejía (1980). *La reforma agraria en el Perú*. Lima: IEP.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow & Charles Tilly (2001). *Dynamics of Contention. Cambridge Studies in Contentious Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- McCarthy, Joseph & M. Zald (1977). Resource Mobilization and Social Movements. *American Journal of Sociology* 82, pp. 1212-1239.
- McClintock, Cynthia (1981). *Peasant Cooperatives and Political Change in Peru*. Princeton: Princeton University Press.
- McClintock, Cynthia (1984). Why Peasants Rebel: The Case of Peru's Sendero Luminoso. *World Politics* 37 (1), pp. 48-84.
- McClintock, Cynthia (2001). Peru's Sendero Luminoso Rebellion: Origins and Trajectory. En Susan Eckstein & Manuel Antonio Garretón Merino (eds), *Power and Popular Protest. Latin American Social Movements*. Berkeley: University of California Press, pp 61-101.
- McClintock, Cynthia & Abraham F. Lowenthal (1983). *The Peruvian experiment reconsidered*. Princeton: Princeton University Press.
- Monge, Carlos (1989). La Reforma Agraria y el Movimiento Campesino. *Debate Agrario* 7, pp. 63-84.
- Montoya, Rodrigo (1989). *Lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX*. Lima: Mosca Azul.
- Muñoz, Ismael, Maritza Paredes & Rosemary Thorp (2007). Group Inequalities and the Nature and Power of Collective Action: Case Studies from Peru. *World Development* 35 (11), pp. 1815-2040.
- Murra, John V. (1984). Andean Societies. *Annual Review of Anthropology* 13, pp. 119-141.

- Pajuelo Teves, R. (2006). *Participación política indígena en la sierra peruana: Una aproximación desde las dinámicas nacionales y locales*. Lima: IEP.
- Palmer, David Scott (1973). *Revolution from Above: Military Government and Popular Participation in Peru, 1968-1972*. Ithaca: Cornell University.
- Paredes, M (2008). *Weak Indigenous Politics in Peru: Centre for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity*. Oxford: Universidad de Oxford.
- Pedraglio, Santiago (1982). VI Congreso CCP. *El Caballo Rojo 113*, p. 4.
- Pierson, Paul (2004). *Politics in Time, History, Institutions, and Social Analysis*. Princeton: Princeton University Press.
- Przeworski, Adam (1985). *Capitalism and Social Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- QueHacer (1981). Política agraria, opiniones y reclamaciones. *QueHacer 12*, pp. 98-105.
- Rénique, José Luis (1987). Estado, partidos políticos y lucha por la tierra en Puno. *Debate Agrario 1*, pp. 55-76.
- Rénique José Luis (1988). *State and Regional Movements in the Peruvian Highland: the Case of Cusco, 1895-1985*. Tesis doctoral, Universidad de Columbia.
- Rénique, José Luis (1991). La batalla por Puno: violencia y democracia en la sierra sur. *Debate Agrario 10*, pp. 83-108.
- Rénique, José Luis (2004). *La batalla por Puno: conflicto agrario y nación en los Andes peruanos 1866-1995*. Lima: IEP/SUR/CEPES.
- Roberts, Kenneth (1992). *In Search of a New Identity: Dictatorship, Democracy and the Evolution of the Left in Chile and Peru*. Tesis doctoral, Universidad de Stanford.
- Sanborn, Cynthia (1991). *The Democratic Left and the Persistence of Populism in Peru: 1975-1990*. Tesis doctoral, Universidad de Harvard.
- Sánchez, Rodrigo (1981). *Toma de tierras y conciencia política campesina las lecciones de Andahuaylas*. Serie Estudios de la Sociedad Rural 8. Lima: IEP.
- Sen, Amartya (2006). *Identity and Violence, the Illusion of Destiny*. Nueva York: Norton.
- Sieder, Rachel (2002). *Multiculturalism in Latin America: indigenous rights, diversity and democracy*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Starn, Orin (1992). I Dreamed of Foxes and Hawks: Reflections on Peasant Protest, New Social Movements, and the Rondas Campesinas of Northern Peru. En Arturo Escobar & Sonia Alvarez (editores), *The Making of social movements in Latin America: identity, strategy, and democracy* Boulder: Westview, pp. 89-111.

- Stavenhagen, R (1992). Challenging the Nation-State in Latin America. *Journal of International Affairs* 45, pp. 421-440.
- Tanaka, Martin (1998). *Los espejismos de la democracia: el colapso del sistema de partidos en el Perú 1980-1995*. Lima: IEP.
- Tanaka, Martin (2001). *Participación popular en las políticas sociales: cómo y cuándo es democrática y eficiente, por qué puede ser también lo contrario*. Lima: IEP y Consorcio de Investigación Económico y Social.
- Tanaka, Martín (2003). *La situación de la democracia en Bolivia, Chile y Ecuador a inicios de siglo*. Lima: Comisión Andina de Juristas.
- Tarrow, Sindy (1983). *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change during Cycles of Protest*. Ithaca: Center for International Studies, Cornell University.
- Tarrow, Sindy (1994). *Power in Movement: social movements, collective action, and politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Thelen, Kathleen (2003). How Institutions Evolve: Insights from Comparative Historical Analysis. En James Mahoney & Dietrich Rueschemeyer (editores), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles (1978). *From mobilization to revolution*. Nueva York: Random House.
- Tilly, Charles (1984). Social Movements and National Politics. En H. Bright & S. Harding (editores), *Statemaking and Social Movements*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Tilly, Charles (2007). *Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, Charles & Sidney Tarrow (2006). *Contentious politics*. Boulder: Paradigm.
- Tuesta, Fernando (1994). *Perú político en cifras. Elite política y elecciones*. Lima: Fundación Ebert.
- Van Cott, Dona Lee (2005). *From Movements to Parties in Latin America: the evolution of ethnic politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Van de Berghe, Pierre (1981). *The Ethnic Phenomenon*. Nueva York: Elsevier.
- Webb, Richard & Adolfo Figueroa (1975). *Distribución del ingreso en el Perú*. Lima: IEP.
- Yashar, Deborah (2005). *Contesting Citizenship in Latin America. The Rise of Indigenous Movements and the PostLiberal Challenge*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Yrigoyen, R (2002). *Rondas campesinas y pluralismo legal: Necesidad de reconocimiento constitucional y desarrollo legislativo. Hacia una ley de rondas campesinas*. Lima: Defensoría del Pueblo.